

CAPÍTULO 1



La espontaneidad está sobrevalorada. Las películas y la televisión nos quieren hacer creer que la vida es mejor para los fiesteros que se animan a lanzarse a la piscina con la ropa puesta. Pero, detrás de escena, está todo cuidadosamente planificado. El agua tiene la temperatura ideal. La iluminación y los ángulos de cámara están pensados al detalle. Los diálogos han sido memorizados. Y es por eso que resulta tan atractivo: alguien ha planeado todo con cuidado. Una vez que te das cuenta de eso, la vida se vuelve mucho más fácil. A mí me pasó.

Soy una planificadora empedernida, y no me importa quién lo sepa.

Creo en las agendas, las rutinas, los calendarios cubiertos de *washi-tape*, las listas con viñetas en diarios de papel cuadriculado y los planes bien pensados. La clase de planes que no se arruinan, porque han sido desarrollados teniendo en cuenta todas las posibilidades y resultados. Nada de improvisar, ni de tocar de oído. Así es cómo ocurren desastres.

Pero no a mí. Hago planes para mi vida y los mantengo. Por ejemplo, las vacaciones de verano. La escuela empieza en tres semanas, y antes de cumplir dieciocho años y embarcarme en mi último año de secundaria, este es mi plan para el resto del verano:

Punto uno: dos mañanas a la semana, trabajar en la empresa de mis padres, el Centro Terapéutico Everhart. Reemplazo a la recepcionista habitual, que está haciendo un curso de verano en la Universidad de California en Berkley. Mi mamá es acupunturista y mi papá, masajista, y ambos son propietarios del centro terapéutico. Eso quiere decir que en vez de tener que cocinar hamburguesas y soportar los gritos de desconocidos en la ventanilla de un local de comidas rápidas, trabajo en una recepción de estilo zen en la que puedo tener todo perfectamente organizado, y donde sé perfectamente cuáles son los clientes que pasarán por la puerta. Sin sorpresas, sin dramas. Predecible, tal y como me gusta.

Punto dos: tomar fotografías de la próxima lluvia de estrellas de las Perseidas con mi club de astronomía. La astronomía es mi Santo Grial. Estrellas, planetas, lunas y todo lo que tenga que ver con el espacio. Futura astrofísica de la NASA, reportándose.

Punto tres: evitar todo tipo de contacto con la familia Mackenzie.

Esos tres planes eran perfectamente realizables hasta hace cinco minutos. Mis planes para el verano se tambalean, porque mamá quiere convencerme de que vaya de campamento

De campamento. Yo.

Miren, no sé nada de la naturaleza. Ni siquiera sé si me gusta estar al aire libre. Me da la impresión de que la sociedad ha avanzado lo suficiente como para permitirnos evitar el aire fresco y la luz del sol. Si quiero ver animales salvajes, pongo un documental en la tele.

Mamá lo sabe. Pero está haciendo un esfuerzo *enorme* para venderme una especie de filosofía “la naturaleza es buena” al estilo de Henry

David Thoreau mientras estoy sentada detrás de la recepción del centro terapéutico. Claro, siempre habla de las bondades de la naturopatía y el vegetarianismo, pero en esta ocasión está poetizando sobre la belleza majestuosa del gran estado de California, y sobre la “oportunidad única” de disfrutar de la naturaleza antes de que empiecen las clases.

–Sé sincera. ¿De verdad me ves acampando? –pregunto, y me acomodo detrás de la oreja los rizos oscuros con forma de tirabuzones.

–Acampando no, Zorie –replica-. La señora Reid te invitó a ir a un campamento de lujo.

Luce un ambo gris bordado con el logo del centro, y se inclina hacia el escritorio y me cuenta en voz baja y excitada sobre la clienta adinerada que se relaja sobre la camilla de acupuntura en las salas traseras, mientras disfruta de los anticuados pero curativos sonidos de Enya, santa patrona de los centros de salud alternativa en todo el mundo.

–Campamento de lujo –repito, con escepticismo.

–La señora Reid dice que tiene reservadas unas carpas de lujo en las Sierras Altas, en un lugar que queda entre Yosemite y el Parque Nacional Bosque del Rey –explica mamá-. Un campamento glamoroso. ¿Entiendes? *Glamping*.

–Sigues repitiéndolo, pero no sé qué quiere decir eso. ¿Cómo es posible que una carpa sea de lujo? ¿No se suele dormir sobre piedras?

–La señora Reid y su esposo recibieron una invitación de último momento al chalet de un colega en Suiza, así que no pueden ir al campamento. Tienen una reserva para una carpa de lujo. El campamento... –dice mamá, acercándose un poco más.

–¿No se trata de uno de esos cultos hippies raros, no? –la interrumpo. Mamá gruñe con dramatismo.

–Escúchame. Hay un chef que prepara comidas gourmet, un lugar para fogatas al aire libre, duchas con agua caliente, de todo.

–Duchas con agua caliente –repito, con una buena dosis de sarcasmo–. Sabes cómo enamorarme, cariño.

–El punto es –continúa, ignorándome– que en realidad no te enfrentas a los elementos, pero sientes como si lo hubieras hecho. El campamento es tan popular que asignan las carpas por sorteo con un año de anticipación. Está todo pago, las comidas y el alojamiento. La señora Reid dice que sería una pena no aprovecharlo, y por eso le dio permiso a Reagan para que vaya con algunas amigas a pasar una semana allí, un último viaje con sus amigas antes de que empiecen el último año de la secundaria.

La señora Reid es la madre de Reagan Reid, atleta estrella, la abeja reina de la clase y mi amiga, o algo así. En realidad, Reagan y yo éramos muy amigas cuando éramos niñas. Luego, sus padres se volvieron ricos y ella empezó a juntarse con otra gente. Además, entrenaba todo el tiempo para las Olimpiadas. Sin darnos cuenta, nos fuimos alejando.

Hasta el otoño pasado, que volvimos a hablar durante el almuerzo en la escuela.

–Te vendría bien pasar tiempo al aire libre –afirma mamá, y juega con su cabello oscuro mientras intenta convencerme de que vaya a ese campamento de locos.

–La lluvia de estrellas de las Perseidas es la semana que viene –le recuerdo.

Sabe que planifico con rigor. Las vueltas de tuerca y los cambios inesperados me molestan, y esto del campamento –perdón, *glamping*– me está dando mucha, *mucha* ansiedad.

–Podrías llevarte el telescopio al campamento. Estrellas de noche, senderismo de día –observa, después de reflexionar un momento.

Seguro que a Reagan le encanta el senderismo. Tiene los muslos duros como rocas y los abdominales como una tabla de lavar. Yo

me quedo prácticamente sin aire después de caminar dos calles a la cafetería, y me gustaría recordárselo a mamá, pero ella cambia de tema y recurre a la culpa.

–La señora Reid dice que Reagan la está pasando muy mal este verano. Está preocupada por ella. Creo que espera que el viaje le levante el ánimo después de lo que pasó en las pruebas olímpicas de junio.

Reagan se cayó (se cayó de cara, *paif*, al piso) y quedó descalificada de las pruebas olímpicas de atletismo. Era su gran oportunidad para avanzar. Básicamente se quedó sin posibilidades de participar de las próximas Olimpiadas de verano y tiene que esperar cuatro años más. La familia estaba destrozada. A pesar de eso, me sorprende oír que su madre esté preocupada por ella. Se me ocurre algo.

–¿La señora Reid me invitó al viaje, o tú hiciste que me invitara?

–Un poco de la columna A, y otro poco de la columna B –dice mamá, con una sonrisa avergonzada.

Dejo caer la cabeza sobre el escritorio.

–Vamos –dice, y me sacude el hombro con delicadeza hasta que levanto la cabeza de nuevo–. Le sorprendió enterarse de que Reagan todavía no te había invitado, así que claramente lo hablaron antes. Y tal vez tú y Reagan necesitan algo así. A ella le está costando recuperarse. Y tú siempre dices que te sientes fuera de lugar en su grupo de amigas, esta es una oportunidad de pasar tiempo con ellas fuera de la escuela. Deberías estar arrodillándote a mis pies. ¿Qué tal suena “Gracias, mamá más genial del mundo, por conseguirme una invitación al evento del verano. Eres mi heroína, Joy Everhart”? –bromea, llevándose las manos al corazón con dramatismo.

–Eres rara –mascullo, haciéndome la indiferente.

–Y menos mal que lo soy, ¿no? –sonríe.

De hecho, sí. Sé que de verdad quiere que sea feliz, y que haría

cualquier cosa por mí. Joy es mi madrastra, en realidad. Mi mamá biológica murió inesperadamente de un aneurisma cuando yo tenía ocho años, cuando aún vivíamos en la bahía de San Francisco. De pronto, papá decidió que quería ser masajista y se gastó todo el dinero del seguro de vida en conseguir la licencia. Es así de impulsivo. En fin, conoció a Joy en una conferencia de medicina alternativa. Se casaron unos meses después, y nos mudamos todos juntos a Melita Hills, donde rentaron el espacio para el centro y nuestro apartamento al lado.

Claro que como Joy tiene treinta y ocho años –es unos cuantos años más joven que mi padre– y es coreana-estadounidense, he tenido que soportar geniales comentarios de personas intolerantes que mencionan lo obvio: que no es mi mamá verdadera. Como si yo no me hubiera dado cuenta de que ella es asiática y que yo soy tan occidental y pálida que parece que padezco de deficiencia de vitamina D. Para ser sincera, en mi mente, Joy es mi mamá. Mis recuerdos de “La vida antes de Joy” son borrosos. Con los años, me siento mucho más cerca de ella que de papá. Me apoya y me alienta. Solo me gustaría que fuera un poquito menos hippie y alegre.

Esta vez, por más que me cueste admitirlo, su entusiasmo por el campamento de lujo está justificado. Pasar tiempo fuera de la escuela con Reagan y su círculo íntimo fortalecería sin lugar a dudas mi posición social, que siempre siento que está en peligro de colapsar cuando me junto con gente que tiene más dinero o que es más popular que yo. Me gustaría sentirme más cómoda con ellos. Con Reagan, también. Nada me hubiera gustado más que ella me hubiese invitado al campamento, y no su mamá.

Se abre la puerta de entrada y mi padre entra como si nada a la sala de espera, recién rasurado y con el cabello oscuro peinado cuidadosamente hacia atrás.

–Zorie, ¿llamó el señor Wiley?

–Canceló la cita de hoy –le informo–. Pero reprogramó media sesión para el jueves.

Media sesión dura media hora, y media hora significa la mitad del dinero, pero mi padre oculta su decepción rápidamente. Le puedes decir que su mejor amigo se acaba de morir, y él podría pasar a coordinar una reunión en el club de ráquetbol sin que se le mueva un pelo. Dan Diamante, lo llaman. Puro brillo y ostentación.

–¿El señor Wiley dijo por qué no podía venir? –me pregunta.

–Una emergencia en uno de sus restaurantes –explico–. Un chef de la tele pasará a filmar un segmento para su programa.

El señor Wiley es uno de los mejores clientes de papá. Como casi todas las personas que se atienden aquí, el dinero le quema en la billetera y se puede permitir pagar precios superiores a la media por masajes o acupuntura. Nuestro centro terapéutico es el mejor de Melita Hills, e incluso mamá salió nombrada en el *San Francisco Chronicle* como una de las mejores acupunturistas de la bahía de San Francisco, y alguien “por quien vale realmente la pena cruzar el puente”. Mis padres cobran a los clientes precios acordes a eso.

Lo que sucede es que desde el año pasado la cantidad de clientes ha ido reduciéndose lenta pero constantemente. La razón principal de esa reducción, y el objeto de la ira de mi padre, es el negocio que se instaló en el local al lado del nuestro. Para nuestra humillación, estamos ubicados ahora junto a una tienda que vende juguetes para adultos.

Sip, de esos juguetes.

El letrero gigante en forma de vagina que tiene al frente es difícil de ignorar. Claramente nuestros clientes ricachones no han podido hacerlo. A la gente con clase no le gusta estacionar frente a un *sex shop* cuando tienen cita para un masaje terapéutico. Mis padres se dieron

cuenta de eso bastante rápido cuando clientes de muchos años comenzaron a cancelar sus citas semanales. No podemos permitirnos perder aquellos clientes que aún no han huido de nuestra envidiable ubicación cerca de las tiendas de la calle Mission, como me recuerda papá cada vez que puede.

Y es por eso que sé que está molesto por la cancelación del señor Wiley –era su única cita del día–, pero cuando deja la recepción y se va a su oficina a sufrir en privado, mamá no se altera.

–Entonces –comenta–. ¿Le digo a la señora Reid que irás al campamento con Reagan?

Como si yo fuera a darle una respuesta en el momento y sin considerar todos los factores. Al mismo tiempo, odio aguarle la fiesta.

–No seas cautelosa. Sé prudente –me recuerda. *La gente cautelosa le tiene miedo a lo desconocido y lo evita. La gente prudente planifica para poder enfrentarse a lo desconocido con mayor seguridad.* Me lo dice cada vez que me resisto a algún cambio en un plan–. Investigaremos todo juntas.

–Lo consideraré –respondo, diplomáticamente–. Supongo que puedes decirle a la señora Reid que le enviaré un mensaje a Reagan para pedirle los detalles y que decidiré luego. Pero ha hecho bien, Dra. Metichestein.

–Hablando de eso –replica, con una sonrisa triunfante–, mejor vuelvo a verla y a sacarle las agujas antes de que se quede dormida en la camilla. Ah, casi lo olvido. ¿Llegó algo de FedEx?

–Nop, solo el correo normal.

–Me llegó un aviso de que había llegado un paquete –dice, frunciendo el ceño.

Maldición. Sé lo que pasó. Tenemos un problema con el correo mal entregado. El correo se la pasa dejando nuestros paquetes en el sex shop de al lado. Y el sex shop está relacionado directamente con el

punto número tres de mi plan para un verano perfecto: evitar todo tipo de contacto con los Mackenzie.

Mamá adelanta el labio inferior y abre los ojos bien grandes.

–Porfis –me suplica dulcemente–. ¿Puedes ir de una corrida al lado y preguntarles si tienen mi paquete?

Gruño.

–Lo haría yo misma, pero, tú sabes. Tengo a la señora Reid llena de agujas –dice, indicando con el pulgar hacia las habitaciones traseras–. Quiero equilibrar su fuerza vital, no torturar a la pobre mujer. No la puedo dejar ahí atrás para siempre.

–¿No puedes ir a la hora del almuerzo?

Ya tuve que visitar la tierra de los consoladores una vez esta semana, y ese es mi límite.

–Tengo que irme en una hora para almorzar con tu abuela, ¿recuerdas?

Claro. Su madre, quiere decir. La abuela Esther odia las llegadas tarde, un sentimiento que comparto por completo. Pero eso no cambia el hecho de que preferiría que me arrancaran un diente antes que tener que ir al lado.

–¿Qué tiene de importante ese paquete, de todos modos? –pregunto.

–Ese es el tema –contesta mamá, atándose el largo cabello lacio en un ajustado rodete en la coronilla–. Alguien me mandó la notificación. Una tal Catherine Beatty. No conozco a nadie con ese nombre, y no pedí nada por correo. Pero la notificación me llegó al correo electrónico del trabajo, y aparece nuestra dirección.

–Un paquete misterioso.

–Las sorpresas son divertidas –dice, maliciosamente.

–Salvo que alguien te envíe un paquete lleno de arañas o una mano. Tal vez le clavaste una aguja demasiado fuerte a alguien.

—O quizás la clavé perfectamente, y me mandan chocolates.

Se roba un bolígrafo del escritorio y se lo mete en el rodete para que no se desarme.

—Por favor, Zorie. Mientras tu papá está ocupado.

Dice eso último en un susurro. A papá le daría un ataque si me viera al lado.

—Está bien. Iré —digo, pero no estoy para nada contenta.

Planes para el verano, los quise tanto.

Coloco sobre el escritorio un cartel hecho a mano que dice ¡VUELVO ENSEGUIDA!, me arrastro a través de la puerta de entrada hacia la mañana soleada, y me preparo para la catástrofe.